

acercaron, y el español intentó abrazar al azteca; este abrazo entraba en sus planes y designios. Mas el Rey de Tezcoco y el señor de Iztapalapa, que servían de apoyo con sus brazos á Moctezuma, por ceremonial, impidieron la familiaridad, quedando reducida la aproximación á ponerle Cortés al cuello un sartal de cuentas de vidrio, y él á Cortés unos collares de nácar, con cangrejos de oro.

Al verificarse esta primer entrevista y entrar los barbudos en la capital del vasto Imperio, hacía siete meses que habían sentado el pie en tierra de Nueva España.



## VI

## MOCTEZUMA

El jefe de hombres á quien Cortés había querido tratar llanamente desde la primer entrevista—sin duda con el fin de mostrar que representaba á otro Soberano “sin igual en el mundo”—era el segundo de su nombre y el noveno de los monarcas méxicas.

El trono de México era electivo dentro de la dinastía, y no heredaban los hijos, sino los sobrinos ó hermanos. Moctezuma segundo sucedió á Guaizol, joven Emperador, muerto se sospecha que de veneno: “de algún bocado que le dieron en la guerra”, dice el cronista. Hechas las exequias

de Guaizol, consagrado como dios, ungido y quemado el cuerpo á los pies del ara de Huchilobos, se pensó en cuál de los sobrinos había de ocupar su puesto. Moctezuma, hijo de Ajayacal, debió el trono principalmente á su devoción, aunque tenía antecedentes de guerrero valeroso. Cuando los grandes fueron á buscarle para notificarle la elección, le encontraron orando en el "adoratorio de las águilas", en el templo. Y, durante su reinado, se encerraba á menudo con el Dios terrible, oyendo sus oráculos.

A la religiosidad de Moctezuma—aque-  
llos Emperadores eran á la vez sumos sacerdotes—respondió el incremento de los sacrificios, el culto cada vez más ferviente de la sangre. Inauguró su mando con la espantosa carnicería de los prisioneros de Atlisco: El aparato que rodeó á la hecatombe fué tal, que de los remotos confines del Imperio, y aun de fuera de él, acudió gente á presenciarla.

Desde el primer instante, Moctezuma

apareció celoso de su majestad y poder. No hubo absolutismo comparable al de México: en parte alguna se divinizó así al Soberano. Moctezuma, exagerando esta nota, aislándose del pueblo, se rodeó de nobles exclusivamente.

Para entrar á verle había que descalzarse, cubriendo la buena ropa con otra más humilde; sería desacato ir tan bien vestido como el Emperador. El ceremonial para acudir á su presencia era de tales fórmulas de respeto, que ninguna etiqueta palaciega europea puede comparársele. Su mesa ostentaba mil refinamientos y detalles de esplendidez. Su bebida favorita era el chocolate, que vino luego á ser la de España, y con chocolate se fortalecía antes de pasar á su serrallo. Mientras comía, bufones y enanos le divertían con facecias y con sus ridículas figuras. A los postres, traíanle su pipa, y en ella fumaba tabaco mezclado con ámbar. De aquella civilización vinieron á nosotros el tabaco y el chocolate.

Era, pues, sagrado el Emperador. Sus pies no habían de tocar la tierra, y sus súbditos bajaban los ojos cuando pasaba, siendo sacrílego quien mirase su rostro, y teniendo el hacerlo pena de la vida. Sus palacios eran magníficos, con revestimientos de mármol y techos de ciprés, y los tenía hasta para su volatería y sus fieras. Mantenía en cautividad serpientes y cocodrilos, y poseía cotos de caza amurallados.

Leyendo esto y mucho más de la "vida inimitable" de Moctezuma, involuntariamente se recuerda á Salomón. Como todos los que llegan á la cima del poder humano, cuya voluntad es ley, y á quienes nada dejó que desear el destino, Moctezuma sufría la incurable enfermedad del tedio, la misma que padeció el César Carlos V, que, en la mayor brillantez de su reinado, conferenciaba con el Duque de Gandía en el hueco de una ventana, revelándole deseos de retirarse del mundo, según hizo después en Yuste. Moctezuma es de fijo un me-

lancólico, hastiado de todo, porque todo le sobró. Sobre estos caracteres deprimidos ejercen ascendiente los resueltos, los animosos, los que saben lo que quieren y van á ello derechos y sin titubear.

Un sello de escepticismo hay en Moctezuma, que por tantos estilos parece hombre de nuestro tiempo. El mismo se adelanta á decir á Cortés, chanceando:

—Te habrán contado que yo soy un *Teule*, un dios... Pero tú no lo habrás creído. ¡Mi cuerpo es de carne y hueso!, añadió alzando las vestiduras.

Por el modo de ser de Moctezuma se comprende que, sin ser cobarde ni menguado, sufriese aquella singular parálisis de la voluntad, que le impidió, no sólo acabar con los españoles, cosa sobrado fácil, sino hasta intentar nada contra ellos eficazmente. La personalidad de Cortés ejerció sobre su ánimo extraña coacción. Esto se vió en muy notables casos y ocasiones, y fué tal vez la clave de la Conquista.

Sorprende tanto más, cuanto que, lejos

de ser Moctezuma un rey débil y bondadoso, era el hombre de la represión, de los actos crueles y castigos duros y hasta injustos, según aparece de los relatos contemporáneos. Y no sólo ordenaba los castigos, sino que los realizaba en persona, en el gran Teocalli, el Panteón mexicano, donde sacrificó á los prisioneros de Teutepec, sacándoles con sus manos el corazón por el pecho, después de abrirlo con el pedernaleño cuchillo.

Ya sabemos que á este achicamiento del ánimo de Moctezuma contribuyeron los presagios tristes que anunciaban la hora fatal. El Rey de Tezcoco, que era nigromántico, se le presentó un día á deshora anunciándole que la victoria había desertado de sus banderas; que no vencería ya más ni á los tlascaltecas ni á ninguna nación de las enemigas, y que presto sería destruído el Imperio. Y Moctezuma, aterrado, es fama que pidió á los dioses morir antes que presenciar tales desventuras.

Esta pasividad de los méxicas y de su

Emperador ante la invasión no se explica por nada material; hay que buscarle raíces psicológicas. Considérese que eran el pueblo de la guerra sagrada, erigida en rito, en ley, en fondo del existir. Y este pueblo, que desde hacía siglos combatía por sistema á sus colindantes, no para ganar tierra, pues era cosa convenida que las lindes no se modificaban, venciese quien venciese, sino para llevar hombres á la piedra del sacrificio, llegado el instante de ver amenguada su independencia cayó en una especie de marasmo, del cual despertó al fin... pero tarde.

Abiertas por el mismo Moctezuma las puertas de la capital á los barbudos, y hechas á Cortés iguales reverencias—dicen las crónicas—que al dios Huchilobos; ofrecido—dicen también—por Moctezuma á Cortés el mando y el reino, según ordenaban las profecías, y aceptada por Cortés la obediencia en nombre de Carlos V, puede decirse que desde el mismo instante deja de reinar el Soberano de los méxicas;

ya no le veremos sino en acatamiento ante el invasor, como estuvieron en España Carlos IV y Fernando VII ante otro conquistador: el Corso.

Celebróse con bailes y festejos la entrada de los españoles, y se les hospedó y mantuvo espléndidamente. No obstante tan apacibles principios, hubiese sido impropio de la sagacidad de Cortés suponer que las cosas iban á continuar así. Comprendía el dominio moral que tenía sobre Moctezuma, mas también era claro que aquel Imperio ingente y poderoso acabaría por reaccionar. Además había algo con que Cortés, hombre de otras creencias, de otra civilización, cristiano viejo, no podía transigir, y lo propio su gente y el padre Olmedo, capellán del pequeño ejército: los ritos horribles. Bernal Díaz, el soldado cronista, manifiesta la repugnancia que despertó en los españoles al visitar el templo, ver sacados de fresco los corazones, y la sangre, que hedía como en el matadero. Y es de notar que el padre Olmedo aconsejó siem-



pre á Cortés en el sentido de la mayor transigencia posible; mas no cabía en esto transigir, y esto era justamente el substrato de las convicciones de los mexicanos. No era su *costumbre*: era su *fe*.

La influencia de Cortés sobre Moctezuma, en tal respecto, no tuvo fuerza: sus exhortaciones para que el Emperador abrazase el Cristianismo resultaron estériles.

—Nuestro sacrificio de la misa—decía Cortés—no envuelve derramamiento de sangre; los vuestros son espantosos.

Y Moctezuma, resignado, repetía:

—Buenos son vuestros dioses para vosotros, y para nosotros los nuestros.

Todo lo que pudo obtener fué que en la mesa de Moctezuma no se volviese á servir carne humana, manjar que públicamente se vendía en los mercados. Pero las dos civilizaciones, las dos creencias, no podían convivir.

Vióse, pues, Cortés, por un lado, dueño de la capital; por otro, cautivo en ella, como en ratonera enorme. La capital era

una isla del lago de Tezcoco. Tres grandes calzadas de piedra y tierra, construídas sobre el agua, largas y anchísimas, y otra calzada menor, accedían de la tierra firme al islote. Dividida la ciudad en muchos barrios, la rodeaban diques y esclusas, para contener el agua en caso de necesidad, y surcaban la ciudad misma canalillos, navegables para las canoas y esquifes. Esta abundancia de agua en fuentes y estanques contribuía al aseo de la corte de Moctezuma, príncipe cuyos hábitos de pulcritud atestiguan la historia.

Toda la populosa y fuerte capital estaba subyugada por unos cuantos hombres, extranjeros y opuestos á lo más íntimo del sentir de los que les rodeaban; tenidos, naturalmente, por sacrílegos, pues se sabía que en varias ciudades habían derrocado las efigies de los dioses. Viéndose Cortés á la boca del precipicio, y temiendo el impensado, ó por mejor decir, probable suceso, del cual resultaría que, según frase de Cortés en sus Cartas al Emperador, “no

quedase memoria de nosotros”, decidió un golpe de audacia casi insensato, y fué nada menos que prender al propio Moctezuma, á aquel ser para los suyos inviolable, á quien como á divinidad veneraban. Temeraria resolución, pero acaso menos temeraria que dejar andar el tiempo y que se les echase encima el Imperio todo. Ya corrían rumores de que la nobleza pensaba en levantar los puentes de los canales, que sería como cerrar la ratonera con la caza dentro.

La noche en que, desasosegado, meditaba Cortés su acción memorable, un centinela le avisó de una pared recién hecha, y tras ella descubrió el Conquistador el tesoro del emperador Ajayacal: oro, plata, pedrería, plumas. Mandó tapiar otra vez el hueco y dejarlo todo así. No deslumbraba ya á Cortés la riqueza. Volaba más alto.

Por entonces un magnate indio, Qualpopoca, atrajo á una celada á cuatro españoles de los que habían quedado con Juan de Escalante en Veracruz, y asesinó á dos: los otros escaparon. Juan de Escalante

acudió al escarmiento, y aunque ganó la batalla, le costó la vida. Los indios prisioneros atribuyeron la conducta de Qualpopoca á instigaciones de Moctezuma; una lívida cabeza de español degollado fué enviada al Emperador. Esto parece que lo sabía Cortés desde Cholula, pero no lo había dicho á nadie; y le vino de perlas al hábil diplomático para realizar su designio.

Al amanecer se preparó; dispuso en el patio á la tropa sobre las armas, destacó grupos de soldados hacia el palacio de Moctezuma, y tomó consigo á cinco de sus mejores capitanes, armados de punta en blanco. Moctezuma recibió á Cortés con aquel singular cariño de siempre, y para empezar le ofreció á una de sus hijas en matrimonio. Entre los indios había, como en muchos pueblos de la antigüedad, la idea de quedarse con la casta de los héroes, ofreciéndoles una doncella ilustre. Los méxicas, antes de sacrificar á un héroe tlascalteca, procuraban que dejase sucesión. Cortés rehusó el matrimonio con la Prin-

cesa, y reclamó que le fuese entregado Qualpopoca para vengar la muerte de Juan de Escalante; Moctezuma asintió al punto, y facilitó el sello real, donde figuraba la efigie de Huchilobos.

Obtenido esto, exigió Cortés, para fianza, que el Emperador se trasladase al cuartel de los españoles. Entonces hubo en Moctezuma un movimiento de herida dignidad: se negó con suma energía. Duraba la discusión mucho, cuando Velázquez de León, uno de los capitanes, gruñó:

—Menos palabras. O viene vuesa merced, ó le damos de estocadas al punto.

Doña Marina, presente, tradujo al Emperador la frase.

Los mismos cronistas españoles censuran la pusilanimidad de Moctezuma en esta ocasión. Yo le llamo, no miedo, sino fatalismo. Doblegando la cabeza, hizo saber al pueblo, próximo á amotinarse, que iba por su gusto con su buen amigo el Malinche; así llamaban á Cortés.

Cortés le rodeó de respetos, pero puso

al cuartel guardia fuerte. Trajeron á Qualpopoca y sus compañeros, y, confiado por Moctezuma á Cortés su enjuiciamiento, fueron sentenciados y quemados vivos en la plaza, frente al palacio. Y Cortés, que no perdía detalle, hizo encender las hogueras con las armas arrojadas que se guardaban en el templo, como en un arsenal. Mientras ardían las piras y sufrían estoicamente el suplicio, Cortés puso grillos á Moctezuma; y cuéntase que el monarca lloró como hembra—á semejanza de Boadil el granadí—lo que no había sabido defender como hombre.

Cortés, que sólo buscaba en los grillos un efecto de intimidación, se los quitó luego con sus propias manos, y le dió licencia para volverse á su palacio, si gustaba. Moctezuma, cuya fascinación era de las que embargan las potencias, lo rehusó. No podía ó no quería apartarse del Malinche. Temía más á su pueblo, acaso, que al Conquistador. En verdad, el caso es de los más extraordinarios de la Historia.



## VII

## EL PELIGRO ESPAÑOL

Pocos días después de su encarcelamiento, recibió Moctezuma un recado que debiera hacer hervir en sus venas la sangre. Y fué que Cacumazín, rey de Acolúa, le decía que se acordase de su honra y no quisiese ser esclavo.

A este mensaje correspondió el brioso intento del mismo joven Rey, que reuniendo en Tezcoco á parte de la nobleza, declaró la guerra á los españoles. Y le llamo brioso y generoso intento, porque, si bien México había de ser sojuzgado de to-